

Guillermo Palacios, *Intimidades, conflictos y reconciliaciones. México y Brasil 1822-1993*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores-Dirección General del Acervo Histórico Diplomático (Colección Latinoamericana), 2001, 380 pp.

A través de la mirada de sus representantes, México y Brasil se ven, en la intimidad, como universos en ocasiones completamente ajenos y no pocas veces contrarios, difíciles de comprender, mientras que en el espacio público se juran amor eterno y solidaridad sin límites.

GUILLERMO PALACIOS

Guillermo Palacios, autor de esta obra que abarca 171 años de la historia de los vínculos entre México y Brasil, nos introduce en diversas etapas de encuentros y desencuentros de las dos naciones, donde la influencia y personalidad de sus agentes diplomáticos han determinado el grado de aproximación o distanciamiento que caracteriza, aun en nuestros días, su relación bilateral.

Palacios esboza en su trabajo los ires y venires de esta relación singular, cuyo análisis no se agota en las páginas del libro. La extensión y dinámica propias de la agenda México-Brasil permite llevar a cabo una investigación por separado de cada uno de sus componentes. Sin embargo, a partir de este estudio, el lector puede comprender, de mejor manera, los nexos diplomáticos entre los dos países.

A lo largo de nueve capítulos, integrados a partir de la sistematización de diversas fuentes, principalmente los archivos

históricos de las cancillerías mexicana y brasileña, el autor nos conduce a las entrañas de la toma de decisiones que han marcado el rumbo de las relaciones entre México y Brasil.

Palacios divide su obra en dos partes. A la primera la define como “completa”, con base en la consulta de acervos en ambos países, hasta 1937. Respecto de la segunda aclara que está “por completar”. El sustento de la información de esta parte lo proporcionaron los documentos contenidos en el Archivo Histórico Genaro Estrada, de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Así, se tiene registro de que los primeros contactos se producen en 1825, cuando México se constituye en el segundo país, después de Estados Unidos, en reconocer la independencia de Brasil del imperio portugués, ocurrida en 1822. Esta etapa, que llega hasta los años 1889-1890, se caracteriza por las gestiones para alcanzar un mutuo reconocimiento de las independencias de ambos países, cuyos procesos se dieron de forma distinta.

Palacios explica que un elemento constante en las relaciones entre México y Brasil, una vez constituidos en Estados soberanos, es la óptica diferente a partir de la cual cada uno trata y se aproxima a Estados Unidos.

En el correr de estos años, los informes que rinden los agentes diplomáticos a sus gobiernos sientan las bases para reconocer que, por su peso específico, México y Brasil estarían llamados a jugar un papel de liderazgo en las acciones tendientes a mantener la armonía y estabilidad entre las naciones del continente americano. Este reconocimiento —como lo señala el autor— no sólo impide la consolidación de una alianza estratégica, sino que en ocasiones es motivo de distanciamiento entre ambos países.

La filosofía positivista, practicada por la naciente república de Brasil, encuentra un punto de identificación en el México de Porfirio Díaz, lo que motiva un acercamiento formal entre

dos naciones en lucha por su consolidación en el sistema latinoamericano. El estallido de la Revolución mexicana, no obstante, altera el orden armonioso que había logrado desarrollarse.

De nueva cuenta, las gestiones de los enviados diplomáticos, que actúan en ocasiones más por interés personal que por instrucciones oficiales, constituyen el motor que inclina la balanza en la toma de decisiones de los gobiernos. La insistencia, sin éxito, del titular de la legación brasileña en México para lograr que su país reconociera el régimen de Victoriano Huerta, tiene un costo para Brasil en cuanto a la confianza que le brinda el gobierno revolucionario.

El triunfo de la Revolución —expresa el autor— llevó a la búsqueda del reconocimiento internacional del nuevo gobierno, principalmente por parte de los países de América. En esta época, los contactos entre México y Brasil se mantienen en un bajo perfil. Los diplomáticos mexicanos y brasileños expresan su añoranza de los tiempos del “orden y progreso”.

De acuerdo con Palacios, la década de los veinte abre otra oportunidad para el estrechamiento de los vínculos entre ambos países. El gobierno de México, cuya meta principal fue lograr el desarrollo del país, designa como su representante en Brasil a un entusiasta y convencido promotor de sus ideas, el general Aarón Sáenz. La venta de petróleo y carbón, la recomposición de la imagen de México, la designación de un nuevo plenipotenciario brasileño, entre otros temas, integran la agenda entre los dos países.

El periodo de entreguerras —se recuerda en el libro— permite el incremento del intercambio comercial bilateral. En esta época, México y Brasil inician los procesos para institucionalizar sus relaciones diplomáticas. En enero de 1922, el gobierno de México anuncia que “... elevaría su legación en Río de Janeiro a la categoría de embajada, a la espera de que hubiese

una rápida retribución del gobierno de Brasil en el mismo sentido...”, gesto que es correspondido en septiembre del mismo año.

Pero en esta década —explica Palacios— también tiene lugar un nuevo desencuentro, originado por las diferentes opiniones sobre la Doctrina Monroe. México y Brasil manifiestan sus divergencias respecto a la defensa de sus intereses, cuando el tema de la política exterior estadounidense hacia América Latina se pone en la mesa de discusión. El proceder brasileño, sumado a cuestiones de carácter netamente bilateral, provoca el descontento de la cancillería mexicana.

En el libro se recuerda que en julio de 1932, mientras el fascismo y el nazismo cobran bríos en Europa, se da un levantamiento en la provincia de São Paulo, en Brasil, en contra de la federación, que motiva una instrucción precisa del gobierno de México a su embajador, Alfonso Reyes, en términos de los postulados de la Doctrina Estrada: “México sólo trata con gobiernos constituidos”. Ello se reitera años más tarde cuando Getulio Vargas da un golpe de Estado para imponer un régimen autoritario denominado *Estado novo*.

Las relaciones entre México y Brasil se mantienen entonces con carácter formal. El gobierno brasileño había designado un nuevo embajador en 1931, Abelardo Roças, cuya gestión se prolonga hasta 1939. Si bien en el ámbito político las diferencias entre ambos países afloran en forma constante —por ejemplo el apoyo del general Lázaro Cárdenas a la República española, en contraposición al respaldo de Vargas al franquismo—, en el económico el comercio crece cada vez más, con saldos favorables para nuestro país, lo que llega a ubicar a Brasil como el principal socio de México en América del Sur.

Los años cuarenta se caracterizan por un nuevo intento de acercamiento. En su libro, Palacios destaca el hecho de que, en el discurso, México reconoce que “la historia de las relaciones con Brasil había estado marcada por divergencias políticas, si

bien éstas se desarrollaron con pleno respeto a la soberanía de cada país”. La monotonía de las relaciones se ve alterada por lo que el gobierno brasileño califica de acciones intervencionistas: México había desarrollado gestiones diplomáticas en favor del líder comunista Luis Carlos Prestes, para lograr su excarcelación y ofrecerle asilo en el país, donde vivían su madre y hermana. Más allá de este episodio, los intercambios diplomáticos entre ambos países vuelven a niveles muy bajos.

En los años siguientes se mantiene este ritmo en la relación bilateral, que sólo se ve modificado por la política exterior de apertura instrumentada por Adolfo López Mateos. En 1960, en el contexto de una gira por Sudamérica, decide viajar a Brasil, correspondiendo a la invitación que le formuló su homólogo Juscelino Kubitschek, en lo que constituye la primera visita de un mandatario mexicano a esa nación, misma que fue recíproca, también por primera vez para un mandatario brasileño, en 1962.

Palacios plantea que el triunfo de la Revolución cubana y, años más tarde, la crisis de los misiles dan una nueva oportunidad de acercamiento a México y Brasil, en el ámbito regional, para la defensa de la estabilidad y seguridad internacionales. No obstante, en el plano bilateral, esta coyuntura no fue aprovechada para hacer “despegar” las relaciones. Los años siguientes se caracterizan por los desencuentros, en especial debido a las diferentes posturas en materia de política internacional, a raíz de las concepciones defendidas por los regímenes militaristas implantados en Brasil.

Finalmente, el autor aborda cómo las crisis económicas de los años ochenta y las tendencias mundiales a la globalización en el inicio de la década de los noventa mueven a México y Brasil a buscar un nuevo entendimiento. Sin embargo, su pertenencia a bloques regionales distintos hace evidente su creciente alejamiento.

A manera de conclusión, la obra de Guillermo Palacios, a través del recuento de hechos y sucesos históricos, así como de anécdotas de los protagonistas de esta historia de intimidades, conflictos y reconciliaciones, permite que el lector se introduzca en un tema atractivo, y abierto a la esperanza de que algún día, por fin, México y Brasil se encuentren en forma definitiva.

*Ana Laura Pérez Salazar*